

Clásicos del pensamiento relacional

Consideraciones a la obra de Zigmunt Bauman: *“Múltiples culturas una sola humanidad”*

Reseña de Emilio de la Torre Carreras

Este trabajo, tiene como base un análisis sobre la propuesta que Bauman hace en su texto “Múltiples culturas, una sola humanidad”, y en la que, en síntesis, nos habla de la impotencia de los poderes públicos singulares de cada país, para enfrentar las situaciones originadas en ámbitos de decisión radicados fuera de la órbita de los estados nacionales, ámbitos “globales” podríamos decir que, naturalmente, despiertan sentimientos encontrados.

Sufrimos la incertidumbre y los miedos que emanan de procesos sobre lo que constituye la globalización, y de los que carecemos de control, procesos universales de los que contamos con un conocimiento, meramente, parcial.

Bauman, sugiere, para la de hoy, el término de humanidad “líquida”, identificándola, como precaria y vulnerable. Humanidad sujeta a unos compromisos inestables, a vínculos encarnados entre la seguridad, que potencialmente queremos suponerles, y la libertad que ceden solo en determinadas dosis.

“La globalización está provocando un obsesivo afán de identidad, que va a provocar muchos enfrentamientos. Nuestras cabezas se mundializan, pero nuestros corazones se localizan”.

José Antonio Marina

Dice Marina, que la educación no es el único elemento válido para la resolución de problemas, aunque sí clave. Frente a la demoledora globalización a la que estamos sometidos, Marina aporta una visión alternativa, que se concreta en globalizar, no la economía o el comercio o las finanzas, que es precisamente lo universalizado, sino la educación, la justicia y la ética, cosas que nos tocan muy de cerca, pues son o deberían ser “moneda única” en las relaciones entre humanos. Quién sabe si no se trata, por parte del gobierno “de turno” de una renuncia al ejercicio de la responsabilidad, a un “dejar hacer y pasar”, a propuesta de esos poderes globales, a pesar de ser ajenos.

Si aceptamos que nos encontramos frente a problemas globales, necesitaríamos, en consecuencia, una educación global. La educación en valores que podría dirigir la potencialidad de los jóvenes hacia una globalización basada en la transmisión de

principios universales éticos y democráticos, como alternativa los economicistas, financieros y administrativos.

Múltiples culturas, una sola humanidad, nos pone frente a presupuestos que hoy forman parte de un vivir diario... casi de la cotidianeidad:

1. *Múltiples culturas*: esa es la realidad con la que convivimos. Representan, de alguna manera el pasado, que es precisamente lo que somos, y que hemos heredado de milenios de historia humana, incluidos los pasados más recientes, los vividos; esos de los que hemos sido espectadores y partícipes. Esos pasados próximos y cercanos.
2. *Una sola humanidad*: representa, quien sabe, si el futuro, “... futuro, hoy cada vez más corto tanto en miras como en distancias”, tal y como apuntara I. Kant.

Y sin embargo, ante esta aspiración unificadora, se levanta, quizá como resistencias, un tercero invisible: esos elementos intermedios e intermediarios que son las fronteras; que separan a unos y “*con las mismas*”, conectan a otros. Fronteras que precisamente por delimitarnos, nos llevan a buscar activamente diferencias y a tomar viva conciencia de su presencia, como si buscáramos una “*denominación de origen*”, que nos diferencie y autentifique “*siendo de...*”, y esto, en oposición a ese sentimiento que viene cundiendo de ser absorbidos por ese afán “*mundializador*” que nos disuelve en un todo común, y que confunde “*lo uno... con lo otro*” generando una impresión de orfandad y de “*arrebañamiento*”.

Es radicalmente cierto que todos pertenecemos a la raza humana. Pero cada uno, eso creemos, es también único y desigual al resto. De aquí, tal vez, nuestra actual obcecación con las fronteras, abrigando la vana esperanza de poder garantizarnos una protección eficaz que nos preserve frente a riesgos y peligros de cualquiera sabe qué índole, de amenazas vagamente definidas o sin nombre, de las que el mundo en el que vivimos sufre empacho.

Dice Bauman que “*es como si las fronteras provengan de la desesperanza de nuestras esperanzas, o, lo que es lo mismo, de los intentos desesperados por dar con soluciones locales (particulares si se quiere) para problemas producidos globalmente pese a que tales soluciones no existan ni podamos encontrarlas*”.

Surgen así, porque las soluciones y “*arreglos*” prometidos se difieren o no hacen acto de presencia, diferentes movimientos “*anti*” y también “*pro*”, que siempre los ha habido, pero que hoy se manifiestan con especial voz. Las tecnologías de la difusión de las que todos disponemos, y que aplicamos a nuestro servicio precisamente para esto, nos ayudan a ser oídos... a darnos voz... en forma de queja clamorosa, que siempre proviene de la fusión de particularidades. Y ocurre así, porque no disponemos de ningún instrumento de acción colectiva eficaz por encima de ese nivel particular, “*local*” que diría Bauman. El poder real, el poder para hacer cosas y para hacer que se hagan, se ha evaporado de las Instituciones Locales, y ello porque en nuestro mundo, cada vez más globalizado, hay política local... pero sin poder.

Doscientos o trescientos años de historia moderna, de convivencia estrecha entre poder y política en el seno de un Estado, han concluido, en estos tiempos, en un acto de

divorcio. En el Estado, no encontramos herramientas de representación ni solución a los problemas, que por otro lado, afectan a todos, siendo así que nos vemos obligados a usar las únicas herramientas de acción colectiva eficaces, las herramientas locales, con la esperanza de que, de algún modo, nos protejan de los diluidos poderes globales que no controlamos.

Sufrimos las incógnitas y los miedos que emanan de procesos de los que carecemos de control, de los que tenemos un conocimiento muy parcial, si es que lo tenemos, y en esa medida, nos encontramos con la debilidad del *“no poder hacer”*, resultando una vaga sensación de inseguridad...y hablar de inseguridad es, para Bauman, hablar, también de incertidumbre y de desprotección, por tanto, de precariedad.

De repente, desaparecen entidades (Empresas, Organizaciones, Instituciones) a las que hemos dedicado décadas de nosotros mismos. Unas quiebran y otras son fagocitadas por unas más grandes, que, a su vez, engullen los puestos de trabajo simplificando o extinguiendo los que antes eran necesarios. Se desvanecen empleos concretos que ayer requerían de habilidades y aptitudes que, de repente, se hacen innecesarias... han quedado obsoletos, condenados al olvido, porque hoy son otras aptitudes distintas las que se demandan... y de las que no tenemos siquiera las nociones más básicas... Todo lo que uno sabía... resulta no servir.

También puede observarse que se está produciendo un cambio en las relaciones humanas, que son ahora frágiles, transitorias, provisionales, interinas. Solo están vigentes *“hasta nuevo aviso”*.... Ya no queda nada de ese *“hasta que la muerte nos separe”*, o de aquel *“para toda la vida”*.

Estamos *“conectados”* – comentaba el Dr. Alejandro Ávila en una de sus exposiciones no hace muchos meses - *“pero no comunicados”*; y añado yo, ciñéndome a lo mío, que el compromiso que establecemos con los demás, a través de la palabra, eso que nos diferencia y nos hace singulares del resto de los vivos, *“la palabra”*, que otrora suponía un compromiso en firme, hoy... empieza a ser algo baladí, un *“donde dije digo.... ahora digo Diego”*.

“En este mundo nuestro, líquido e impredecible -sigo a Bauman- necesitamos urgentemente de amigos dedicados, compromisos firmes, la certeza de que nos puedan tender una mano cariñosa en caso de apuro: necesitamos más que nunca vínculos fiables con otras personas”. Confiar, en una palabra, porque de ninguna otra manera puede desarrollarse una relación franca de autenticidad. Y sin embargo, paradójicamente en nuestro mundo, surge el temor de asumir compromisos demasiado firmes, no vaya a ser que atándonos a alguien o a algo de forma incondicional, nuestros lazos acaben siendo... una carga.

El mundo se está volviendo inseguro y nos encerramos y atrincheramos levantando fronteras. Fronteras que se materializan en *“cámaras de vigilancia”*, que nos adviertan de quien quiere acudir a nosotros y con qué intenciones; *“cerraduras de alta seguridad”* para nuestras puertas, no ya blindadas sino, *acorazadas*; *“guardas”* para nuestras urbanizaciones o negocios; *“seguros”* frente al *“por si acaso”*... *“Vallas”* que delimitan el domicilio, y que separan a los extraños de los propios, a la vez que condiciona la salida de los fortificados. Barreras que separan las clases: la baja de la alta, el extranjero del

nacional, el ilegal del documentado; el igual de quien no lo es; todo para configurar una barrera de contención a esta inseguridad que presentimos, y que se hace notar tanto en el ámbito de la vecindad más cercana, como entre lo “local” que pueda configurar la relación de un pueblo con otro, o como en lo nacional que separa un país del de al lado.... Y sin embargo, todo ello, no hará que los seres humanos seamos más fuertes y más fiables.

¿Cómo planificar un futuro, en el que la duda parece lo único cierto?... ¿Quién puede proyectar ahora... para el resto de su vida, cosa que antes no era una cuestión excepcional?

Todo parece haberse convertido hoy en un “corto plazo” permanente. Y los proyectos como las promesas, vienen al mundo con fecha de caducidad... como cualquier perecedero.

Se viene a considerar esta época, en la que vivimos, como una época de avances espectaculares, no cayendo en la cuenta de que nos encontramos en un mundo que poco o nada tiene que ver con el que no hace tanto, contaba con valores de mejor cualidad y altura ético-moral. Valores relativos a lo que hemos venido en llamar edad moderna, y que Alain Peyrefitte, ha sugerido como relevantes y basados, precisamente, en la confianza: en tres clases de confianza (sigo a Peyrefite):

En primer lugar, la confianza en nosotros mismos: si aprendo las habilidades correctas, si pienso con detenimiento, si doy de mí lo que debo dar... puedo hacerlo.

En segundo lugar, la confianza en los otros seres humanos: ... “la unión hacía la fuerza”....

Por último, la confianza depositada en las Instituciones, en las que se daba por hecho su estabilidad, cosa que nos permitía pensar con bastante antelación.

No hace falta más que acudir a nuestra memoria, para percibir que las confianzas aludidas, se quebrantan acompañadas de múltiples interrogantes. No podemos fiarnos, sin reservas, de nuestras propias habilidades y conocimientos, porque envejecen rápidamente. No podemos estar seguros de ser capaces de resistir las mareas adversas de los cambios desconocidos e imprevisibles. Cambios, que la mayoría no hemos propiciado ni propuesto, y que sin embargo se nos imponen (sin querer-los).

De la confianza en otras personas, poco queda ya, y por supuesto, se ha perdido la confianza en la longevidad de las Instituciones Sociales, que cambian sin avisar: Leyes que amparaban derechos sociales se borran de la noche a la mañana, otras restringen los derechos anteriormente conseguidos, y muchas nunca se han puesto... ni se pondrán en práctica... como intenciones que solo existen en papel.

“Es por esto que hoy la confianza, huérfana de todo apego, busca desesperadamente un refugio seguro en el que anclar... y no puede hallar ninguno. Es una confianza errante, sin hogar, sin un domicilio fidedigno” – dirá Bauman.

Nuestra única herramienta: intentar reducir la incertidumbre y la inseguridad, aunque nuestras ciudades sean vertederos de problemas que se producen a nivel global: contaminación, calentamiento, destrucción o insostenibilidad... resultados de un proceso

globalizador caótico.

Todo esto, que es consecuencia de la globalización, no cuenta con remedios globalizadores, sino que son las autoridades locales, municipales, provinciales o regionales, además de los propios ciudadanos, los que tienen que ocuparse de hacer el aire respirable, y de potabilizar sus aguas y hacer frente a inundaciones y a cuantas incomodidades se derivan del cambio climático.

Las migraciones masivas de personas por todo el mundo, son también producto del fenómeno globalizador, pero todas estas personas acaban yendo a parar al interior de la ciudad en búsqueda de condiciones de vida soportables, por lo que la provisión de tales condiciones provisionales, acaba siendo una labor que recae en los habitantes de ese preciso núcleo urbano de civilización y constituyéndose, por lo tanto, en local.

Así mismo, la ciudad se erige en el principal campo de batalla en el que se enfrentan, luchan y buscan reconciliación la libertad y la seguridad: dos valores supremos e indispensables en toda vida que merezca la pena ser vivida, y es en la ciudad también en donde, convirtiéndose en un laboratorio, se buscan, diseñan y experimentan soluciones locales a problemas globales.

Seguridad y libertad, conceptos que se necesitan mutuamente, aunque resulten a veces difíciles de equilibrar (otras de reconciliar). El propio Sigmund Freud, en su obra “El malestar en la cultura”, atribuyó la infelicidad de las personas civilizadas de su época a que sacrificaban demasiada libertad de elección en aras de una mayor seguridad.

Dice Bauman, que si Freud retomara hoy las ideas que se plasman en su escrito, probablemente insistiría en el conflicto entre libertad y seguridad, pero invertiría las causas de infelicidad y diría que la infelicidad de mujeres y hombres contemporáneos se debe a que éstos y éstas han cedido demasiada seguridad a cambio de obtener una cantidad cada vez mayor de libertad. Cuanto más nos movemos o cedemos en una dirección, mas dolorosamente sentimos la ausencia del otro valor.

Las ciudades, no sé si lugares inhóspitos, aparecen divididas en un conjunto de guetos (señala Bauman) unas veces voluntarios, otras no. Por una parte aparecen los vecindarios de alto estandíng, de acceso restringido, cuyo interior oculta un territorio estrechamente vigilado y rodeado de guardias armados y en alerta 24/365; pero también están los guetos involuntarios, que no dejan de extenderse y a los que se ven arrojadas multitud de personas a las que nadie ha pedido permiso para ello y que están allí no porque quieran, sino porque no se les permite salir. Barrios duros, zonas peligrosas y “poco recomendables”. En cualquier lugar del mundo, hay ejemplos de ambos dos territorios.

Este es el mundo que estamos – están – creando o creándonos: *un mundo líquido*, o lo que es lo mismo: incierto, inseguro y vulnerable; en el que, lo bueno de hoy puede ser lo malo de mañana (sin que ese mañana diste temporalmente mucho del ahora mismo). Lo que hoy es sano, mañana puede ser tóxico o mortal... ¿Es posible estar seguro en un mundo de tales características?

Hemos ganado libertad en esta modernidad líquida, pero a costa de seguridad; seguridad a la que hemos renunciado en un pro generoso a esta primera. Ambas dos entidades incompatibles, a la par que mutuamente dependientes. Solo se puede ser libre,

si se dispone de una red de seguridad que nos lo permita.

Un apunte personal final:

*Las fronteras, son límites,
divisiones,
separaciones,
de lo tuyo y de lo mío,
de lo que me pertenece y por lo tanto siento como propio.
Señales que me distinguen de lo extraño,
marcas y lindes bien definidas
que dan voz
dejando ver lo que es de uno y lo que es de otro.
Signos de atención
sobre dónde se puede entrar
y dónde no.
Puertas semiabiertas de principio,
franqueables ... solo si quiero y a quien quiero.
Un aquí, separado...
un allí, que no ha de ser de nadie más...
porque es "lo propio".
Quizá porque se nos imponen identidades totalizadoras
y precisamente, por la pérdida que en uno supone de sí mismo,
se levantan, las fronteras.*

Cita bibliográfica / Reference citation:

De la Torre(2012). Consideraciones a la obra de Zygmunt Bauman: "*Múltiples culturas una sola humanidad*". *Clínica e Investigación Relacional*, 7 (2): 469-474. [ISSN 1988-2939]
[Recuperado de www.ceir.org.es]